

III

«Mi hermosa prima:

»Os escribo desde una aldea, cuya existencia ignoraba hace seis meses, aunque no está más que á treinta leguas de la calle de Capuchinos.

»Es todo el camino que hemos andado, después de nueve interminables días que hace que nos alistamos voluntarios.

»El punto de reunión era un lugar llamado San Nazzaro. Cada uno debía llegar allí por distinta parte, á fin de burlar la vigilancia de los bandidos que nos oprimen.

»Hoy llegamos vuestro padre y yo los primeros, por la mucha costumbre que tenemos de viajar con nuestros seis caballos y dos vehiculos, á la plaza de este pueblo en donde nos miran como advenedizos y se nos interroga con desconfianza.

»—¿Qué quereis?

»—Venimos á reunirnos.

- »—¿A reuniros con quién?
- »—Con nuestros camaradas.
- »—¿Qué camaradas?
- »—Gentes, como nosotros, voluntarios; la brigada de Milán, el tren auxiliar.
- »—¿Y qué más?
- »—¿Dónde está el ejército piemontés?
- »—Por ahí anda.
- »—¿Hacia dónde?
- »—No se sabe.
- »En fin, como la orden era de reunirnos en San Nazzaro, en él nos quedamos para desesperación de sus habitantes.
- »Llegaron nuestros compañeros.
- »El tercer día, ocupábamos ya la aldea y sus alrededores. Eramos más de quinientos hombres y mil ó mil doscientos caballos y mulas. ¡Una multitud enorme!
- »Pero sin jefe.
- »Se nombró á la ventura á un burgués de Monza, que aceptó el cargo.
- »Pero al deliberar acerca de la ruta que se había de seguir, corrió la noticia de que los austriacos no estaban más que á tres leguas de nosotros, en donde se les había visto, asegurando los aldeanos que á lo lejos y hacia la

parte norte, se oían cañonazos, entró el pánico en nosotros y nos dirigimos á toda prisa por el lado opuesto, á fin de no precipitarnos tontamente en manos del enemigo.

»Es preciso confesar que reinó el mayor desorden en la columna y que apenas avanzábamos,

»Se echó encima la noche. Establecimos nuestro campo. Los que tenían provisiones las compartieron con los que no las tenían.

»El jefe se condujo con gran acierto, yendo constantemente de un lado á otro, animando á los tímidos que se lamentaban y que querían volverse á sus casas por el camino más corto.

»Por fin amaneció.

»Nos esperaba una sorpresa.

»Frente á nosotros se oían muy claramente cañonazos.

»Fué preciso volver sobre nuestros pasos.

»Volvimos por donde habíamos ido.

»Figuráos, mi querida Esperanza, una larga fila de carruajes de todas especies y con todo género de caballerías, la mayor parte muy malas y sin condiciones para estas marchas!

»En general, nadie lleva nada en estos coches, á excepción de avena para el ganado, pa-

ja para dormir y víveres para los conductores, pero en cambio, interceptamos la calle, por la cual es imposible que circule nadie más que nosotros.

»Y aun nosotros con muchos tropiezos y con no menos dificultades.

»Vuestro padre y yo, cogidos en medio de la fila, nos vimos obligados á seguir á todos los demás, sin libertad para movernos como mejor nos parezca.

»Salimos de ahí llenos de ilusiones, de entusiasmo y de celo. Creímos desde luego que serviríamos para algo y que nos encargarían de trasportar armas, municiones y quizás heridos.

»Nada de eso.

»No es más que un paseo que se nos ha hecho dar, cuidándose de nuestra salud.

»No me quejaría de ello si contribuyese en algo á arrojar á los extranjeros de nuestro territorio; pero no veo por qué han de tenernos miedo, porque maese Nani y yo caminamos al paso, cubiertos de polvo, detrás de seis rocines atados á los furgones vacíos.

»Si por desgracia cayese sobre nosotros un destacamento de lanceros de Francisco José,

de tirano, de aquellos que maniobraban tan bien en la plaza de armas al son de las músicas, no ensartarían como á pichones y si enfilaban en el camino un par de cañones, nos harían polvo á hombres y ganado.

»Felizmente no hemos visto ni á uno solo.

»Sin embargo, no están lejos.

»¡Ayer nos llevamos un buen susto!

Después de un sinnúmero de marchas y contramarchas, habíamos vuelto sobre nuestros pasos y nos encontrábamos en los alrededores de Vespolato, sin saber hacia dónde dirigirnos, cuando después de haber huido toda la noche del enemigo, que nos decían estaba cerca y que nos hubiera hecho un flaco servicio, fuimos á parar, al amanecer, á un lugar lleno de tropas.

»El burgués de Monza, que no es un talento, había perdido la cabeza, no sabía lo que hacía y la columna vagaba á la aventura.

»Un regimiento de caballería francesa vino á pasar á nuestro lado.

»Al ver que ocupábamos el camino en muchos kilómetros, el coronel lanzó aterradores juramentos.

»Yo estaba cerca de él y le oí.

»Decía:

—»¿Qué hacen esos.... con los carros en el camino? ¡Volcarlos en las cunetas, y pasar!

»El patrón le hizo notar que éramos voluntarios, el tren auxiliar, y que teníamos orden de reunirnos al ejército piemontés hacia San Nazzaro.

—»San Pizzaro ó Lavaró, me.....—exclamó el coronel,—nos haceis perder el tiempo con vuestros inútiles y horribles vehículos. ¡Idos al diablo!

»Costó mucho trabajo calmarle.

—»Buscáis á los piemonteses en San Barbaro—replicó, y no están.

»Por fin, viendo asustado á nuestro jefe, se echó á reír.

»Y lanzó á sus jinetes, soberbios coraceros, por medio de los sembrados que bordeaban el camino.

¡Fue un destrozo terrible! ¡Me dieron lástima los labradores y sus cosechas!

»Pero eso es la guerra!

»Según parece, los términos en que se expresó el coronel eran depresivos para los voluntarios del tren auxiliar; pero con tal de que los franceses nos libren de las hordas del bohemio, nos conformaremos. Es probable que se

vuelvan á su país, y entonces Italia será de los italianos, es decir, nuestra.

»¿Qué largo me parece el tiempo lejos de vos, mi querida Esperanza, y cuánto maldigo esta guerra que nos separa!

»Pero ella ha de acabar, y yo os pasearé lleno de orgullo, cogida de mi brazo. Cuando atravesemos por los mejores barrios de nuestra ciudad, dirán:—¿Quién es esa joven tan hermosa?

»Y no faltará alguno de nuestros parroquianos que conteste:—¡Es la bella Esperanza Nanni, la *signora Caprini!* ¡La hija del alquilador de carruajes de la calle de Capuchinos! ¿Por qué prolongais tanto nuestra unión? ¿No está convenida entre vuestro padre y yo, con vuestro consentimiento? Tenéis veinte años, y yo conozco muchas jóvenes que á esa edad estarían ya casadas hace mucho tiempo, si se encontraran en vuestro lugar. La casa es buena; trabajando se gana; y si vos queréis, Esperanza, todo irá bien: ¡el amor y los negocios, los negocios y el amor!

»¡Cuál no sería mi alegría!..

»Consentiría en todo con tal de ser, más que vuestro prometido, vuestro marido, aunque no

fuera más que seis semanas antes; hasta consentiría en permanecer bajo la servidumbre de esos soldados blancos, cuya sola vista hace hervir mi sangre: ¡Viva Italia una, y Roma su capital!

»¿Pero dónde tengo la cabeza?

»Olvidaba contaros lo más curioso de nuestra existencia, desde que los azares de la vida han hecho de nosotros, militares, bien malos, no tengo inconveniente en reconocerlo.

»Hemos asistido á una gran batalla.

»El coronel de coraceros había desaparecido, con su tropa, entre una nube de polvo, cuando nosotros llegamos á las primeras casas de Vespolato.

»La única calle de esta aldea, estaba guardada como las poternas de un baluarte por soldaditos con pantalones encarnados.

»Un centinela nos detuvo.

»—No se puede pasar.

»Se hizo comprender, más que por nada, porque nos apuntaba con el fusil.

»—¿Quiénes sois?—nos preguntó un oficial.

»—Milaneses.

»—¿Qué hacéis?

»—Formamos el tren auxiliar.

»—¿Qué clase de cuerpo es ese—preguntó mirándonos con cierta impertinencia?

»—No lo sé—contestó nuestro jefe.

»—¿Qué no lo sabéis?

»—No.

»—¿Adónde váis?

»—A reunirnos con el ejército del rey.

»—¿Con todos esos vehículos?

»—Sí.

»—Lo que vais á hacer, es, estorbar al ejército del rey.

»Consultó un mapa que tenía en el bolsillo y replicó:

»—¡Evacuad pronto el camino, evacuad!

»—¿No hay más camino que este!

»—¡Razón de más para que lo evacuéis pronto! Salid de él como podáis. Además el sitio no es bueno para vosotros. Va á llover plomo y no tardando.

»Se empezaba á oír en las alturas una serie de cañonazos que hacia enderezar las orejas á nuestras caballerías. ¡Felizmente, no tenían fuerzas ni para espantarse! »Los más avisados trataron de desenganchar las caballerías para evadirse por el campo y poner distancia de por medio; pero esto no les convenía á los franceses

»—¡Ea, fuera, fuera, dejad el terreno libre—replicó el oficial—¡pero *presto, prestísimo!*

»Nos enseñó un camino, que se perdía en una pradera pantanosa y nos dijo:

»—¡Por ahí, pronto!

»Nos pareció que el cañón sonaba más fuerte y con ruido más seco.

»—Esos son los nuestros que contestan al enemigo—dijo el oficial.—¡La cosa está que arde!

»¡El burgués de Monza que nos mandaba, había desfilado ya prudentemente por el camino indicado, que no parecía del todo malo!

»Los demás habían seguido su ejemplo y el tren se puso en marcha.

»Todo fué bien al principio.

»Pero al cabo de una legua de camino, nos encontramos sin poder seguir.

»Habíamos llegado al borde de un río bastante ancho y sin puente. Lo habían volado.

»El camino era cada vez más malo y estaba sembrado de hoyos llenos de agua.

»El tren auxiliar, necesitaba auxilio; se había metido en un atolladero.

No había medio de salir de él, pues no se podía ni avanzar ni retroceder.

»Por desgracia, la batalla se iba reconcentrando hacia nosotros.

»Ya no eran solo cañonazos los que se oían sino que también descargas de fusilería, cuyos fogonazos brillaban en el sitio de donde nos había echado el oficial.

»Las descargas parecían alejarse por momentos, para oírse luego con más fuerza.

»Por último pareció que la batalla se libraba en definitiva, muy cerca, en lo más alto de los bosques vecinos.

Algunos caballos sin jinete, pasaron al galope tendido por la pradera y saltaron al río, que atravesaron para seguir corriendo por la pradera de la otra orilla.

»Durante una hora, que me pareció horriblemente larga, estuvieron batiéndose á corta distancia de nosotros.

»Por lo que se deducía, ambas tropas se disputaban una eminencia en la cual había una iglesia de la aldea.

»Los cañones tronaban por encima de nuestras cabezas y las balas se enterraban en la tierra floja, felizmente sin herir á nadie.

»La situación del tren era crítica.

»Al medio día, todo aquel ruido cesó, poco á

poco, y se alejó del lugar en que nosotros estábamos, bien á nuestro pesar, más muertos que vivos. Entónces respiramos.

»Nuestros compañeros, que estaban echados en tierra detrás de los furgones, se levantaron entónces.

»No tengo reparo en confesarlo, en mi vida he tenido tanto miedo. Vuestro padre dirigía todos sus esfuerzos y toda su elocuencia á tranquilizarme. Según parece, yo estaba lívido.

»¿Qué hacer?

»Delante de nosotros teníamos el río, que no podíamos ni pensar en atravesar. Era preciso desandar lo andado para llegar al camino, y el que teníamos que seguir para lograrlo, era tan movedizo y tan lleno de baches y de hondonadas, que ni siquiera nos podíamos revolver.

»Por fin, y al cabo de muchos esfuerzos, pudimos salir de allí.

»El tren emprendió de nuevo su marcha incierta, hacia un objeto desconocido, pues ignoraba lo que hacía y adónde iba.

»Al anochecer nos encontramos de nuevo en el camino.

»Los franceses que habíamos visto por la mañana, no estaban allí ya.

Las gentes de Vespolato que regresaban á sus casas, nos dijeron que se habían batido allí desde las nueve de la mañana hasta las doce, con verdadero encarnizamiento. Los franceses han logrado por fin derrotar el enemigo, según parece.

»¡El aspecto de Vespolato es horrible!

»La mayor parte de las casas estan destruidas por las granadas ó acribilladas por las balas.

»Por todas partes se ven charcos de sangre y armas hechas pedazos.

»Esto es verdaderamente lamentable.

»Nosotros hemos acampado en las ruinas para pasar en ellas la noche.

»Os escribo desde una casa sin tejado, sin ventanas y sin puertas. ¡Decididamente no es nada buena la guerra!

»Ni la menor noticia tenemos del ejército á que debemos incorporarnos.

»Al despuntar el alba se pondrá de nuevo en marcha el tren auxiliar.

»Yo estoy triste, pero estoy bueno y vuestro padre tambien. Las emociones nos engordan.

»¿Cuándo os volveré á ver?

»Se dice que los franceses se dirigen á Mi-

lán. Son emprendedores y peligrosos, atrevidos y galantes.

»Tened cuidado con ellos, mi hermosa Esperanza.

»Pensad en que os amo y en que sois mi novia, casi mi mujer.

»¡Tan solo por salvar á nuestro país podría separarme de vos! pero no veo, si he de hablar con sinceridad, en qué contribuyo á su salvación.

»VINCENZO.»

IV

El excelente Vincenzo, tenía razón en temer. Sus amores corrían el mayor de los peligros, mientras el tren auxiliar erraba al azar por las llanuras de Lombardía, llevado como un naufrago de una ola á otra, de una villa á una aldea, de una colina á un valle, de un cuerpo de ejército que le miraba con curiosidad, á otro ejército imaginario y fantástico, que el burgués de Monza perseguía con obstinación patriótica—para no llegar jamás á él—inútil y ridícula, si es que el ridículo puede existir en la abnegación, el teniente de granaderos continuaba sin descanso el sitio de la encantadora Esperanza.

Tenía prisa.

Batalla con contemplaciones, batalla perdida.

Esperanza había dicho al despedirse de ella el brillante y hermoso oficial: